**2.DIAS DE CAÑAS Y CABAÑAS**

**-** ¡Allá voy!

- ¡Que me caigo! ¡Que me caigo!

Las voces de los chicos de la cuadrilla llegaban desde el cañaveral hasta la urbanización Etume. Unas veces se oían entrecortadas, otras parecía que se alejaban o acercaban, según los caprichos del caliente viento sur. El ruido provocado por la agitación de las hojas de las cañas les recordaba a alguna cascada que manaba sin cesar en la mitad del monte. Trepaban por las resbaladizas cañas verdes hasta que se doblaban, cayendo sobre otras cañas que se doblaban a su vez. La idea era llegar a una campa de hierba verde atravesando los doscientos metros de cañaveral. Aunque el suelo se encontraba cubierto por un manto de amarillentas hojas secas que hacían de confortable colchón, cualquier finita rama podía entrarles por el ojo en alguna caída. Sin embargo, la sensación de libertad y desahogo que les provocaba actuar como auténticas ardillas compensaba todos los riesgos. Gritaban, sudaban, se colgaban de las cañas, volvían a trepar cuando caían, se encontraban entre ellos en algún lugar del trayecto. Hubo un momento en el que cruzaron varias cañas dobladas formando una auténtica terraza a tres metros de altura. Allí descansaron rodeados por las ramitas y las hojas mientras intercambiaban experiencias. Daba miedo apartar las ramas y ver el suelo tan lejano, aunque esa sensación desaparecía cuando miraban al cielo y se preguntaban si no podrían quedarse allí toda la vida.

Llegaron sin apenas tocar el suelo hasta su cabaña, que se encontraba entre el final del cañaveral y la campa de hierba. Se quitaron el sudor de sus frentes con un trapo blanco y saciaron su sed gracias a una botella de agua que tenían allí. Estuvieron en silencio un rato hasta que sus corazones recuperaron su pulso normal. El viento sur les llevó nítidamente el tintineo de la campana que sonaba cada hora en el pequeño casco urbano del monte Igeldo, situado en el otro extremo de la campa y que era conocido como “El pueblo de Igeldo”.

- “Son las cinco”- dijo Miguel

-“Todavía es pronto”-contestó Luki

-“Podríamos acabar de arreglar el tejado de la cabaña”- propuso Miguel

- “¿Para que?”- dijo Jhonny-“¿Para que nos la vuelvan a romper los caseros?”

Los caseros eran un grupo de chicos que vivían en el pueblo de Igeldo o en los caseríos de alrededor. Llevaban enfrentándose a los chicos de la urbanización Etume desde hacía varios años. Les molestó bastante que destruyeran parte de una cabaña que les había costado mucho construir. Las paredes estaban formadas por ramas de árbol atadas entre sí con cuerdas, mientras que el tejado, ahora semidestruído, estaba formado por placas onduladas de uralita cubiertas por ramas.

-“No podemos actuar en función de lo que puedan o no puedan hacer los del pueblo, tenemos que seguir nuestro propio camino”-dijo Miguel con seguridad

-“Estoy de acuerdo con eso”- dijo Aitor-“Pero yo ahora me encuentro un poco cansado para arreglar la cabaña”

-“¿Por qué no vamos al pueblo y compramos chucherías?”- propuso Jhonny

-“¿Al pueblo otra vez?”-dijo Luki-“Nos pasamos allí todo el día, estoy un poco harto de hacer siempre lo mismo”

-“Venga Luki, no te hagas de rogar como siempre. Al final siempre nos haces perder media hora hasta que te convencemos”- dijo Miguel

Atravesaron la campa y se incorporaron a los últimos metros de un camino forestal de cemento blanco que llegaba directamente hasta el centro del pueblo. Allí había dos tiendas, la de arriba y la de abajo, donde compraron morenitos, jamones, caramelos de regaliz, y las míticas pipas facundo con su slogan “Y el toro dijo al morir: siento dejar este mundo sin probar pipas Facundo”

Se sentaron cerca de los columpios sobre unas piedras que eran arrastradas por bueyes durante las fiestas de San Pedro. Enseguida dejaron un manto de cáscaras de pipa en el suelo. Allí cambiaron impresiones sobre su futuro estudiantil. A Aitor le atraía el reto de hacer ciencias. Miguel veía más factible cumplir la relación “buenas notas-tiempo de estudio empleado” haciendo letras. Observaron que sus respectivas clases se diferenciaban bastante: en unas había mayoría de gente que iba a hacer letras y en otras la mayoría iba a hacer ciencias. A Luki todo eso le traía sin cuidado porque todavía le quedaban unos años hasta que llegara el momento de la elección. Mientras sus amigos hablaban animosamente, había estado observando los movimientos de varios chicos del pueblo.

- “¡Chicos! ¡Están varios de ellos en la puerta del frontón!”- dijo algo nervioso.

- “Igual han quedado para jugar un partidito de pala”-comentó Aitor.

- “Ni van de chándal ni llevan palas”-dijo Miguel

-“Estos están tramando algo”-dijo Luki

-¿”Como lo sabes”?- preguntó Jhonny

-“No lo sé. Quizá sean los gestos. Creo que deberíamos irnos de aquí inmediatamente”

Hicieron caso a Luki y se fueron del pueblo atravesando el parque situado al lado del frontón. Ya en el camino forestal, miraron hacia atrás y comprobaron que les estaban siguiendo varios de ellos. Aitor y Miguel, los más mayores del grupo y seguramente los más señalados por los del pueblo, empezaron a correr para llegar cuanto antes a la semidestruida cabaña. Los del pueblo alcanzaron a Jhonny y Luki cuando saltaban el murete que daba a la campa.

-“¡Vaya Vaya! ¡Mirad lo que tenemos aquí”- dijo uno de ellos, llamado Ibon

- “Así que os han dejado tirados a los dos aquí….”- dijo un tal Aimar.

- “Vete donde tu hermano Miguel y dile que venga ahora mismo”- le dijo Ibon a Jhonny

Jhonny obedeció y fue en busca de su hermano Miguel. Luki se quedó allí solo haciendo de rehén. Muerto de miedo, trató de imaginar lo que le podían hacerle aquellos chicos. Respiró algo más tranquilo cuando Jhonny vino a los cinco minutos jadeando.

- “Dicen que no van a venir ninguno de los dos”

- “Está bien. Peor para vosotros”- dijo Ibon.

Aimar y dos de ellos cogieron a Jhonny y se lo llevaron detrás de unos arbustos que había en la mitad de la campa. Luki se quedó de nuevo solo y mudo con Ibon y dos chicos más. Le pareció oír gritar a Jhonny, pero no estaba seguro del todo debido al fuerte viento sur.

Trajeron de vuelta a Jhonny, que venía con la cabeza gacha, y se llevaron a Luki detrás de los arbustos. Aimar y otro chico más levantaron al chaval varios centímetros justo en el borde de un enorme hoyo cavado en la hierba que servía de bebedero para las vacas que solían pastar allí.

-“Dinos quien es el responsable de todo lo que hacéis”- preguntó Aimar.

- “¿Responsable de que”?

- “El otro día me desinflasteis las ruedas de mi bici en mi propio portal”- dijo Aimar

-"¿Quién tiene la culpa?”- preguntó el otro chico

Luki pensó lo desagradable que sería terminar chapoteando en aquel agujero de agua y barro, así que contestó:

-“Somos todos. Lo decidimos todo entre todos”

-“Sois todos”-dijo Aimar-“Pues entonces todos tenéis un problema”

Dejaron libre a Luki, que se reunió con Jhonny para volver a la cabaña. Él también les había contestado que las decisiones las pactaban y las tomaban entre todos.

 \*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Los hermanos y también miembros de la cuadrilla Pedro y Alex solían ir con Luki todos los domingos a misa de 10:30 en la iglesia del pueblo. Sus padres eran creyentes y les obligaban a ir hasta que fueran suficientemente mayores para tomar sus propias decisiones. Tanto Aitor como los también hermanos Miguel y Jhonny provenían de familias más agnósticas que les daban total libertad para elegir si iban o no. Aquel domingo fueron todos porque hacía buen tiempo y querían aprovechar la mañana después de la eucaristía.

La iglesia de Igeldo había sido restaurada hacía dos años. Cubrieron todas las paredes de piedra con cemento pintado de blanco menos algunas partes que permitían entrever el aspecto anterior. Era bastante fría en invierno a pesar de los nuevos calefactores instalados a lo largo de las paredes laterales. El retablo de madera de color marrón oscuro era bastante sencillo, con un cristo crucificado justo en medio. A pesar de ser una iglesia pequeña, casi nunca se llenaba del todo. Los chicos de Etume acostumbraban a sentarse en el último banco del lado izquierdo, muy cerca del último banco del lado derecho que servía de asiento para los del pueblo. Al ser la misa en euskera, muchas veces se perdían y distraían. Solo Aitor iba a una ikastola y dominaba el idioma. Miraban constantemente los relojes para ver si las manecillas del reloj llegaban lo antes posible a las 11:05. En muchas ocasiones aprovechaban los panfletos de Cáritas depositados en los bancos antes de la misa para hacer toda clase de barquitos y aviones de papel. Cuando el cura se acordaba de los difuntos y decía nombres como “Ramón Eraunzetamurgil” o “Pedro Martikorena” sabían que ya no quedaba demasiado. El cura los pronunciaba mirando ligeramente hacia arriba, sintiendo lo que hacía porque seguramente les había conocido. Era un hombre de unos 55 años, con poco pelo pero muy blanco y ligeramente gordito. Cuando la misa terminó, se acercó a los chicos y les dijo que esperaran un momento fuera hasta que terminara de cambiarse.

-“Egun On”-les dijo cinco minutos después

-“Egun On”

-“No deberíais usar los sobres de Cáritas para hacer aviones ¿No creéis?”- (los chicos se miraron pero no dijeron nada)-“Hay gente que está dispuesta a utilizarlos, así que os pido por favor que los dejéis donde están. Cambiando de tema: ¿Queréis que diga algunas partes de la misa en castellano? Una de vuestras madres me lo propuso el otro día”

-“Mi hermano y yo no solemos venir mucho”-dijo Miguel-“Haced lo que queráis”

-“Igual la gente del pueblo se molesta”-dijo Luki

-“Por eso no te preocupes, ellos lo entenderán”-dijo el cura

-“Como quieras"-dijo Pedro-“Yo no soy quien para decidir el formato de las misas”

-“A partir de ahora el sermón será en castellano. También deberíais poneros más cerca del altar”

-“No, estamos bien donde estamos”-dijo Miguel-“Gracias por su interés”

-“Hay otro tema del que tenemos que hablar. No me gustan nada los líos que tenéis con los chicos de aquí. Por qué os lleváis mal?”

-“No lo se”- contestó Jhonny

-“Es una pena. Si fueseis amigos podríais andar todos juntos y tendríais gente como para jugar un partido de fútbol once contra once. La violencia engendra violencia. Las noticias llegan a la gente y les provoca malas sensaciones. Pensaréis en esto que os digo ¿Verdad?”

“Si, lo haremos”- contestaron

Después de la charla con el cura iniciaron su vuelta a Etume. Siempre se entretenían por el camino con algo o con alguien hasta la hora de comer. Se trataba de tomar un poco el aire y pasarlo lo mejor posible.

Esta vez se tumbaron un rato en la campa para tomar el sol y pensar en algo que hacer.

-“El portero me ha dicho que antes de Etume había una vaquería”- dijo Jhonny

- “Si”-Contestó Luki-“Yo me se la historia. Primero hubo un caserío que fue sustituido después por una casa-palacio que se convirtió luego en vaquería”

-“El portero me ha dicho que entre la maleza se conservan unas escaleras de aquella época. Por lo visto están cerca de la piscina”- dijo Miguel.

-“Podríamos buscarlas”-sugirió Aitor

Jhonny se levantó y cogió un nabo arrancado de una de las huertas de la campa.

-“Joder. Como pesa esto”-dijo mientras pasaba el nabo a su hermano.

-“Esto no se come ¿verdad?”-preguntó Aitor

-“No. Creo que solo lo usan para dar de comer a las vacas”-contestó Luki

-“¡Eh chicos!-gritó Jhonny- “¡Mirad allí! ¡Viene el coche de los padres de uno del pueblo!

-“¿Y?”-dijo Aitor

-“¿Por qué no les tiramos el nabo?”-preguntó excitado.

Se miraron entre todos y corrieron hacia el borde de la campa, que estaba elevada tres metros sobre la carretera.

Se ocultaron entre los árboles y esperaron un poco. Aitor se situó en medio de todos los demás sujetando el nabo. Estaba excitado y tenso. Según contó después, oía voces que decían ¡tira! ¡tira!.

Los momentos siguientes al lanzamiento del nabo fueron bastante confusos. Todos habían escucharon un sonido intenso pero sólo Jhonny vio a través de las ramas cómo el coche se paraba unos metros más adelante y reanudaba la marcha instantes después. Los hermanos Pedro y Alex, que no habían decidido ni apoyado la acción, desaparecieron.

-“¿Que ha pasado?”- preguntó Luki confuso

-“Creo que era el coche de los padres de Pedro y Alex”- contestó Miguel.

- “¿Dónde están?” ¡No están!- exclamo Luki.

-“¿No era el coche de los del pueblo?”- preguntó Aitor.

Bajaron la cuesta que llegaba a Etume en un tenso silencio. Sabían que habían vuelto a liarla una vez más. A lo lejos surgió la figura de su amigo Pedro con los brazos en alto.

-“¡Venid aquí, hijos de perra! ¡Esta vez la vais a pagar!

Su amigo estaba totalmente enfurecido y les dio miedo según se acercaban. Era la primera vez en tres años que le oían gritar y decir tacos. Él y su hermano Alex eran los más tranquilos y reservados de la cuadrilla. Muchas veces no compartían lo que hacían los demás. Ahora todavía menos.

Cuando llegaron a los porches vieron el techo del seiscientos totalmente hundido.

-“¿Estáis orgullosos?”- les preguntó un todavía enfurecido Pedro.

- “Podría haber sido peor”-contestó Luki-“Lo normal es que hubiera habido una salida de calzada o algo así. También podría haber caído sobre el parabrisas, lo que hubiera tenido consecuencias fatales”

Pedro hubiera matado a Luki, pero decidió no hacer ni decir nada.

 \*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Después de una semana llena de incertidumbres, Pedro y Alex aceptaron finalmente las disculpas de los demás y la invitación para ir con ellos al cine aquella tarde. En un principio tenían planeado limpiar la maleza que cubría los escalones de la antigua vaquería, pero el mal tiempo invitaba a comprarse unas palomitas y meterse en una sala para disfrutar de una buena película. Aunque los meses de julio solían ser lluviosos, aquel año se estaban batiendo todos los récords.

Los chicos bajaron Igeldo en autobús y compraron chucherías en una tienda situada cerca de los desaparecidos cines Rex del barrio de Amara. La película que vieron fue “El secreto de mi éxito”, con un Michael J. Fox todavía joven y sin la enfermedad de Parkinson. En esta historia, Michael trataba de hacerse hueco en el mundo de las finanzas de Nueva York después de abandonar su pueblo provinciano. Cuando salieron de la película llegaron a la conclusión de que había sido entretenida pero poco más.

Sin embargo, lo más importante de aquella tarde no fue la película, si no los anuncios que la precedieron. En uno de ellos, de una marca de ron, se podía ver una enorme balsa de cañas de bambú con forma de estrella flotando en unas cristalinas aguas del caribe. Ese anunció les disparó su imaginación. ¿Por qué no construir ellos mismos una balsa con las verdes cañas que abundaban a sólo unos metros de sus casas? Todos estuvieron de acuerdo en que era un reto ilusionante al que nunca se habían enfrentado con anterioridad.

Durante los siguientes días se llevó a cabo un intenso debate en el que cada uno expuso sus propias ideas sobre cómo construir la balsa. Al final mezclaron un poco todo y diseñaron una que no sabían a ciencia cierta si flotaría o no.

Decidieron que tres troncos de dos metros harían de ejes. Cada una de las cincuenta cañas a utilizar se dispondrían de forma transversal y se atarían a los ejes con cuerdas. Como resultado, se obtendrían dos plataformas de veinticinco cañas cada una que formarían la parte superior e inferior de la balsa. El hueco existente entre las dos plataformas se completaría con dos cámaras de camión hinchadas. Cuando tuvieron todo esto claro, se pusieron un chándal y empezaron a trabajar.

Mientras parte del grupo estaba en el monte consiguiendo el material, la otra parte se dedicaba a montar la balsa. Lo más laborioso no era cortar los troncos de pino, sino subirlos monte arriba. Con respecto a las cañas, había que hacer el corte con mucho cuidado para no romperlas y resquebrajarlas. Después de atarlas a los troncos una a una, se unían entre sí con el mismo tipo de cuerda.

Cuando la obra iba ya avanzada, algunas envidias y complejos empezaron a aflorar:

- “Vuestro trabajo es mucho más llevadero. Estáis aquí tranquilos montando la balsa sin sudar”- dijo Luki algo enfadado.

- “¿Crees que es fácil montar esto?”- le contestó Miguel

- “No se si cuesta más trabajo o no, pero es bastante más bonito. Nosotros andamos cargando el material como mulas”

-“El trabajo tiene que estar dividido tal y como se hace en las empresas. Cada uno tiene que hacer una cosa”- dijo Miguel cada vez más enfadado.

- “Pues yo creo que todos tendríamos que hacer de todo”- dijo Luki en alta voz.

-“Nosotros somos los mayores. Cuando seas el mayor de un grupo tendrás tus privilegios”

-“¡No es justo!”- sentenció Luki

- “¡eh chicos!”- se oyó gritar a lo lejos. “¡Escuchad!”

Era Pablito, un vecino de diez años que corría hacia ellos nerviosamente. Cuando llegó a su altura jadeaba con intensidad.

-“¿Qué te pasa, Pablito?”- le preguntó Miguel.

-“Vengo de…..de la……..cruz”

-“¿Ha pasado algo?”- preguntó Aitor.

- “Los del….pueblo. Nos han….nos han….”

-“Tranquilízate un poco. Coge aire, respira tranquilo”- le dijo Miguel muy paternal.

El chico descansó un minuto antes de ponerse a hablar:

- “Nos han atacado los del pueblo. A mí no me han hecho nada, pero a Asier la han atacado.

-“Cuéntanos poco a poco”- le dijo Aitor.

- “Estábamos Asier y yo en la campa aburridos sin saber qué hacer. Entonces le he propuesto a ir a la cruz porque hacía tiempo que no íbamos. Estábamos allí tranquilamente cuando, de entre las zarzas, han aparecido Aimar, su hermano y uno que llamáis “la chula”. Le han agarrado a Asier y le han bajado los pantalones. Yo les miraba nervioso y asustado mientras “la chula” cogía unas ortigas y se las restregaba a Asier por el culo. Él se movía y les intentaba pegar patadas, pero no tenía nada que hacer porque eran tres y más fuertes. A mí no me han hecho nada porque, según ellos, voy al colegio del pueblo. Al final le han soltado y nos hemos ido corriendo. Ellos se han quedado allí riéndose. Asier se ha ido directamente a casa llorando.

-“¡Tenemos que ir allí!- dijo Luki-“¿Cómo se atreven con dos chavalillos que nunca han hecho nada? ¡Vamos ahora mismo!

- “Tranqui. Tenemos que hablar de esto tranquilos. Esta noche hacemos hoguera en el refugio”-dijo Miguel.

 \*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Cerca de Etume había un valle que nacía en el cañaveral y terminaba en el barrio de Igara monte abajo. Era una zona arbolada por la que apenas transitaba nadie excepto ellos. Pegado al cañaveral había una gigantesca roca que, debido a su forma, parecía la mitad de un barco. Justo debajo de arista de lo que sería la proa, protegidos de posibles lluvias por la propia roca, los chicos solían hacer pequeñas hogueras. Para alimentarlas se servían de las ramas que había por la zona. Habían delimitado el suelo de tierra con pequeñas rocas que evitaban la expansión del fuego a la zona vegetal de los alrededores. El fuego trepaba furioso por la roca mientras hablaban animosamente:

-“Tenemos que prepararles una bien gorda a los del pueblo”- dijo Jhonny

-“Estoy de acuerdo. Esta vez se han pasado”-dijo Luki.

-“Yo no se que pensar”-dijo Miguel-“Si hacemos algo, ellos van a contestar y así sucesivamente. Quizá el cura tiene razón cuando dice que deberíamos intentar ser amigos”

-“Yo opino igual”- dijo Pedro-“Nos estamos haciendo mayores para andar así”

-“¿Amigos? ¿Después de lo de hoy?”-dijo Luki

-“A por ellos”-dijo Jhonny.

-“Vamos a pensar un poco ¿Por qué nos llevamos mal?”- se preguntó Miguel. ¿Tenemos verdaderas razones para andar así?

-“Ellos hablan en euskera y nosotros en castellano”-dijo Luki

-“Yo no estoy de acuerdo con eso”-dijo Aitor-“Yo voy todos los días a una ikastola donde hablo todo el rato en euskera.”

-“¿Entonces?- preguntó Miguel mientras echaba una rama a la hoguera.

-“Seguramente nos ven como a unos pijos niños de papá que tienen de todo”-dijo Luki.

-“¿No te has fijado en el BMW que tiene el padre de Aimar? Yo no se si mis padres podrían comprarse uno”-dijo Aitor.

- “Jhonny y yo vivimos aquí desde hace sólo tres años”-dijo Miguel-“Entonces los mayores de Etume ya tenían problemas con los mayores del pueblo”

- “Es cierto, esto viene de lejos”-dijo Luki, que llevaba toda la vida viviendo en Etume- “Yo creo que son varios factores”

- ¿Por ejemplo?- le preguntó Miguel.

- “Cuando se construyó Etume hace quince años el pueblo existía de muchísimo antes. Llegaron nuestros hermanos mayores y, por lo que sea, no les hizo gracia. Ellos hablan en un idioma que nosotros no utilizamos. Tenemos una piscinita al lado de casa. Al final es un poco todo. Somos distintos en algunas cosas”

-“No lo tengo nada claro”-dijo Miguel-“Pero recordad lo que os digo siempre: en todo lo que hacemos hay un límite que no deberíamos traspasar”

El humo caliente de la hoguera trepaba por la fría pared de piedra produciendo algunas gotas de agua que caían luego sobre sus cabezas. Luego abandonaba la roca y se hacía invisible en medio de la oscuridad. Estuvieron hablando un rato más hasta que las llamas consumieron toda la madera. Echaron tierra sobre las brasas y se fueron a casa contentos y relajados.

 \*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

La construcción de la balsa de cañas les llevó en total una semana y media. Aunque su rendimiento en el agua era una incógnita, su aspecto era buenísimo. Después de estudiar varias opciones los chicos decidieron recurrir a la furgoneta de un tío de Miguel y Jhonny para transportarla hasta la playa de la Concha. Como no entraban todos en la furgoneta, Pedro, Alex y Luki bajaron con el padre de los dos hermanos. Estaban todos realmente excitados y ansiosos por ver el resultado de tanto trabajo. Eran conscientes de que simplemente era un primer intento y que si surgían problemas siempre podrían repensar las cosas y mejorarla.

El tío de Miguel y Jhonny dejó a los chicos al lado de la discoteca Bataplan. Cuando los demás llegaron un rato después cogieron la balsa entre todos y enfilaron hacia las rampas que dan acceso a la playa. La gente les miraba con curiosidad e incluso se daban media vuelta. Este hecho sacó a relucir las diferencias entre ellos: a unos les gustaba sentirse protagonistas y a los otros les daba cierto apuro. Sin embargo, todos preferían un día medio-nublado como aquel para transportar cómodamente la balsa a través de la semivacía playa.

Se desvistieron rápidamente y juntaron las mochilas para vigilarlas desde el agua. La mar estaba en calma, lo que sin duda beneficiaba la estabilidad e integridad de la balsa. Nada más introducirla en el agua, comprobaron que además flotaba bastante bien. La empujaron entra varios hasta alcanzar cierta profundidad. Una vez allí, llegó el momento de la verdad. Primero se montaron Miguel y Aitor. Como la balsa aguantaba bastante bien, Pedro y Jhonny fueron los siguientes en hacerlo. El agua llegó esta vez hasta prácticamente la parte superior de la balsa, por lo que decidieron no montarse más de cuatro al mismo tiempo y turnarse para remar y entrar en calor. Comprobaron lo difícil que era desplazar aquella gran balsa de troncos y cañas cuya forma rectangular quizá no era del todo adecuada para ello. Eso sí, servía para instalarse en mitad del agua y tumbarse al sol, que no era poco.

Cuando el frío se hizo insoportable, empujaron la balsa de vuelta a la playa y se secaron tiritando un poco. Un chico de unos veintitantos años se acercó para interesarse por la balsa. Les dio una solución bastante obvia que todos habían pensado ya: poner más cámaras hinchadas para que flotara más y de esta forma avanzara algo mejor.

Una vez vestidos, se dirigieron a la cafetería Biarritz para tomar un Cola Cao y entrar en calor. Estuvieron allí hasta que el tío de Jhonny y Miguel hizo sonar la bocina de su mal aparcado vehículo. Como todos no entraban, Jhonny, Alex y Luki se quedaron para coger el bus 16 de Igeldo. Todavía quedaba media hora para que saliera del Bulevard, así que fueron a una tienda de surf y skate para ver unas tablas. A Jhonny le gustaron unos relojes cuyo precio era inalcanzable para él.

Después se dirigieron a la parada del hotel Londres. Mientras charlaban al lado de la marquesina, observaron como Nike, un chico del pueblo, se sentaba en uno de los bancos que hay en la plazoleta frente al hotel.

-“¿Le vacilamos un poco?”- preguntó Jhonny

-“Déjalo. Evitemos problemas”-le contestaron Luki y Alex.

Jhonny no les hizo caso y fue hasta el banco donde estaba Nike. Se sentó a su lado y empezó a hablarle.

-“¿Sabes? En mi barrio te llamamos Nike ¿Sabes por qué? Porque siempre llevas camisetas y zapatillas Nike. ¡Nike!

-“¿Quien te crees tu para venirme a molestar?- le respondió él. ¡Sois unos capullos y unos capitalistas!”

-“¿De que me hablas Nike?”- dijo Jhonny levantándose del banco.

-“¡Pues ahora no te vas a ir!- le dijo él agarrándole de la camiseta

-“¿Qué le esta haciendo?”- le preguntó Jhonny a Alex algo preocupado desde la marquesina-“Tenemos que ir a ayudarle”

-“Deja que lo resuelva él mismo”-le contestó Alex

Luki no hizo caso a su amigo y avanzó hacia la plazoleta.

-“¿Tu de donde sales?- le preguntó un sorprendido Nike a Luki cuando este llegó a su altura- “¿Qué haces aquí?”

-“Nada”-contestó Luki

Jhonny apretó el puño y lo estampó contra la cara de Nike. Éste quedó un momento noqueado y soltó la camiseta de Jhonny. Luki, que no esperaba esa reacción de su amigo, quedó paralizado sin saber qué hacer. Nike se rehizo e intentó pegar a Jhonny, pero éste evitó los golpes doblándose hacia delante. Mientras maldecía, Nike estiró de la camiseta de Jhonny hasta dejar su espalda al descubierto. Un hombre mayor que pasaba por allí consiguió separarles. Jhonny aprovechó la circunstancia para volver con Luki a la marquesina.

El autobús tardaba en llegar. Nike se sentó en el mismo banco que al principio con la cabeza gacha. Cuando comprendió que el autobús ni iba a venir, se levantó y desapareció por la calle Zubieta. Jhonny estaba todavía algo nervioso.

-“¿Qué es eso de capitalistas? ¿Que significa?”-preguntó extrañado a sus dos amigos.

-“No lo se”- dijo Luki-“Igual significa que nos creen afines a la capital Madrid, o algo así”

 \*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

Después de aquel incidente, los chicos comprendieron que las cosas no iban a seguir igual. Un día que fueron al pueblo tuvieron que irse rápidamente porque los de allí salieron del frontón con una actitud que daba miedo. Debían desaparecer una temporada hasta que las cosas se tranquilizaran un poco.

Miguel tenía un amigo que buscaba alguna cala en Igeldo donde se pudiera surfear. En la ladera norte del monte que daba al mar no solían coincidir con los del pueblo porque era amplísima. Era sin duda alguna un lugar adecuado para divertirse y evitar posibles problemas. Allí subieron y bajaron el monte a través de campas de hierba, zonas rocosas y zarzas. Trataron de convencer al chico de que allí no se podía surfear, ya que cualquier golpe de mar le estamparía contra las rocas. El chico aseguraba haber estado en sitios parecidos en las islas Canarias.

Pasaron por su cala favorita, la de Tximistarri, que no era surfeable pero sí ideal para pasar las tardes de Agosto. Allí solían saltar de roca en roca para buscar percebes o cangrejos con el rugido del mar de fondo. Jhonny contó cómo sus padres solían hacer allí hogueras en los atardeceres de verano cuando eran más jóvenes. Tenían una construcción de madera para cobijarse si el tiempo cambiaba o simplemente para dejar las cosas. Quizá ellos podrían construir también una cabaña de madera en esa cala.

Para llegar a la cala de Tximistarri había que ir por una de las dos estrechas carreteras que atravesaban la ladera de este a oeste paralelamente al mar y a la carretera general. Estaban bien asfaltadas y eran bastante llanas, aunque a veces presentaban pequeñas subidas y bajadas. A lo largo de ellas se encontraba un número interminable de villas y caseríos, cada uno de ellos protegidos por su correspondiente perro que ladraba a cualquier persona que pasara junto a las vallas. Este hecho molestaba bastante a los chicos cuando pasaban por allí andando o en bicicleta.

Una mañana de domingo se toparon en esa zona con un perro que estaba en mitad de la carretera. Era pequeño, de morro alargado, con el pelo negro y largo. Su aspecto era en general bastante descuidado. Le acariciaron un poco y reanudaron la marcha en dirección a una cala que querían ver cerca del Asador de Perus. El perro les seguía sin vacilar. Intentaron hacerle regresar pero el esfuerzo fue en balde. Llegaron al asador y sacaron una ración de patatas bravas. El perro parecía tan hambriento que compraron un bocadillo para darle de comer.

-“¡Mirad!”- dijo el amigo surfer mientras colocaba el bocadillo paralelo a su tronco-“¡El bocadillo es casi más largo que su tronco!”

Partió el bocadillo de lomo en pequeños trozos y el perro empezó a devorarlos.

-“Parece que no ha comido desde hace días”-dijo Jhonny.

-“Igual está abandonado”-dijo Luki

-“¿Tu crees?- dijo Miguel -“Seguramente es de algún caserío cercano”

-“Podríamos llevárnoslo y convertirlo en nuestra mascota”-dijo Aitor

-“¡Pero no es nuestro!”- contestó Pedro.

-“Tiene un aspecto lamentable y huele realmente mal”-dijo Luki-“O está abandonado o no se ocupan de él. En ambos casos tenemos derecho a llevárnoslo y tratarlo como se merece”

El perro terminó el bocadillo rápidamente. Movía la cola y se acercaba a los chicos para que le acariciaran.

-“¿Nos lo llevamos?”- preguntó Miguel.

-“¡Si!”- dijo Jhonny

-“Yo digo sí con una condición: que todos carguemos con las culpas si ocurriera algo. Hemos sido todos ¿Vale?”

- “Sí Luki, por supuesto que hemos sido todos”- contestó Miguel.

Regresaron a Etume para comer. El perro, recién bautizado como “Boslie”, les seguía como si les conociera de toda la vida. Mientras caminaban, planearon construirle una pequeña caseta en la zona de monte donde se encontraban ocultos los escalones de la antigua vaquería. Mientras tanto, dormiría en los baños del sótano de uno de los bloques, cerca de la piscina. Estaban excitados ante la idea de tener su propia mascota.

Al día siguiente se pusieron manos a la obra. Antes de construir la caseta del perro decidieron limpiar la maleza que cubría los escalones, que habían quedado completamente ocultos bajo pequeñas plantas de alargadas hojas verdes y zarzas. Estaban situados en un pasillo natural formado por castaños y robles a derecha e izquierda y por los arbustos que delimitaban la zona de la piscina monte arriba. Al final de la bajada construirían la caseta de Boslie encajonándola entre 3 pinos. Por esa zona se suponía que estaba algún tipo de almacén utilizado por la vaquería, pero por mucho que miraron no encontraron absolutamente nada.

Decidieron utilizar unas azadas y una guadaña que les dejó el conserje. No extrañaban en absoluto este tipo de trabajo, ya que muchas veces habían tenido que limpiar el monte para construir otra cabaña o para abrir un claro destinado a alguna hoguera.

La mayor dificultad a la que tuvieron que enfrentarse vino dada por las largas zarzas, que se enganchaban o enroscaban en las azadas. Tanto tiempo trabajando entre sus pinchos hicieron inevitables los rasponazos. Las manchas producidas en la moqueta de casa por la tierra acumulada entre los zapatos y los calcetines provocaron más de una reprimenda durante la comida del mediodía. Los brazos acabaron destrozados por el esfuerzo de toda la mañana. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que todo ese esfuerzo merecía la pena.

Durante la tarde había ya muchos escalones al descubierto. No eran de cemento ni nada por el estilo, sino pequeñas plataformas de tierra ganadas al monte con finos troncos de madera haciendo de esquina. El perro se acercaba a los chicos para que le tirasen un palo. A veces hacia agujeros en el suelo para mordisquear raíces. Tenía la lengua fuera por todo el esfuerzo que estaba realizando y por los rayos de sol, que recalentaban su sucio pelo negro. Parecía muy contento con sus nuevos dueños.

Decidieron llamar al lugar “los 100 escalones”, aunque al contarlos se dieron cuenta de que eran 62. Sonaba mucho mejor llamar a ese lugar “los 100 escalones”, de modo que así quedó la cosa. Su descubrimiento les produjo una especial sensación de conexión con un pasado lejano y diferente. Resultaba curioso pensar que, de aquellos tiempos en los que la gente trabajaba y se ganaba un sueldo en la vaquería, sólo quedaban los escalones y el nombre de la urbanización donde vivían, Etume.

Aquella misma tarde-noche, cuando estaban ya colocando las primeras tablas de la caseta de “Boslie” entre los tres troncos de pino, una de las madres se enteró del asunto y llamó a las demás bastante enfadada “¡Es el colmo!- les dijo- “¡Esta vez han robado un perro! ¡Cualquier día viene un casero con la escopeta y nos fríe a perdigonazos! ¿Cómo es posible que nunca hagan nada normal? Ahora mismo me voy a ir en coche con el perro y mis hijos para dejarlo donde lo encontraron ayer. ¡Es increíble!”.

Aunque se quedaron sin perro, los chicos decidieron seguir construyendo la caseta hasta finales de Agosto.

 \*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*\*

El 1 de septiembre los chicos hicieron una fiesta en el ático de Miguel y Jhonny. Un potente radiocassette inundaba de música el pequeño local. Con respecto a la comida, cada uno llevó algo de de su casa. Miguel invitó a la fiesta a un par de amigos de su clase. En esos últimos días de verano Miguel andaba algunos días con lo de clase y otros con los de Etume. Cuando el curso escolar se encontraba ya en pleno otoño, Miguel y sus amigos de clase fueron introduciéndose en el mundo de las chicas y las discotecas. Se llevó consigo a Aitor, que era de su misma edad. Luki y Alex no podían aspirar a hacer ese tipo de planes porque tenían cuatro años menos.

Aunque en un principio seguían viéndose en el bus 16, todo empeoró un poco más cuando los mayores adquirieron motocicletas para desplazarse. Durante los trayectos a casa, Luki rumiaba el fin de su cuadrilla como tal y el comienzo de una nueva etapa llena de incertidumbres. Montaba todos los días en el bus con Alex, Jhonny y algún chaval pequeño temeroso de encontrarse con los del pueblo, que a veces subían a la misma hora. Sabía que tarde o temprano ocurriría algo.

Un viernes, Luki se dirigió a la parada del hotel Londres después de entrenar a fútbol en la playa. Estaba tranquilo porque a esa hora, las ocho, no solía haber nadie del pueblo en el bus 16. Sacó el bonobús de la cartera y la introdujo en la máquina. Cuando miró hacia los asientos, notó él mismo cómo cambiaba la expresión de su rostro. En la parte trasera del vehículo estaban varios del pueblo mirándole con sonrisas maliciosas. Se sentó lo mas alejado posible de ellos, en la parte delantera. La presencia de Aimar, que no solía usar el autobús, no presagiaba nada bueno. Durante el trayecto, Luki intentó que no se le notara el miedo. Cuando oyó que decían “hijos de perra” e “hijos de puta”, sabía perfectamente que se referían a él y a los demás. En un momento dado, Aimar se levantó y fue hasta la posición de Luki. Le pegó un empujón y preguntó.

-“¿Qué tal estas?”

-“Bien”-mintió Luki.

-“¿Cuál es tu verdadero nombre?”

-“Francisco”-mintió de nuevo

En ese momento, un chico que se encontraba cerca dijo:

-“¡Ya podréis tres contra uno! ¡Dejadle al chaval en paz!”

Aimar mostró cierta contrariedad y regresó a la parte trasera. Luki estaba alterado y muerto de miedo. No podía entender la pregunta de Aimar ¿A que venía esa curiosidad por saber su verdadero nombre? Se consoló pensando que quedaba poco para llegar a su parada. Antes de bajar, mientras se encontraba de pie esperando a que las puertas se abrieran, lanzó una mirada desafiante a los del pueblo. Aimar le miraba con dureza, mientras que otro echaba vaho al cristal de la ventana. Bajó del bus y respiró tranquilo.

Decidió subir por una campa de hierba de cien metros hasta una carretera que conectaba directamente con Etume. En mitad de la subida, alzó la vista y vio en medio de la oscuridad cómo los del pueblo, que se habían apeado en la siguiente parada, corrían por la carretera para esperarle al final de la cuesta de hierba. Luki dio media vuelta y se pudo a correr. Oyó cómo uno del pueblo gritaba “¡eeehhhh!!! Siguió corriendo un rato por la carretera general hasta que se sintió a salvo. Entonces se preguntó cómo iba a volver a su casa si los del pueblo podían estar esperándole en cualquier sitio. Entonces, una vecina paró y le recogió. Ella notó el miedo en el rostro de Luki, pero no preguntó nada. “Me acabo de bajar del bus”- le dijo él intentando aparentar normalidad. Mientras iban hacia Etume, Luki comprendió su nueva situación: cualquier día, los del pueblo intentarían devolverle el puñetazo que le habían dado a “Nike”.